

Miércoles, a las siete y cuarto en rugby.

—¡Mira! ¡Mandarino, ven, ven!

Y me llevó al corredor de debajo de las gradas.

—Ahí, en esos baúles, hay ginebra, *whisky*, y de todo —me dijo El Mecha.

—¡Y *Cointreau*! ¡Y vodka! —dije, alucinando.

—Qué, ¿nos cogemos algo?

—Venga, vale, pero después del entreno.

Mientras El Mecha distraía en las oficinas a dos de los entrenadores, yo vigilaba en la puerta de los baúles por si venía otro de los tres que quedaban, y el Migue metía la primera botella que encontraba en mi mochila.

—Y ¿dónde? —le pregunté en las duchas.

—¡Ya está! —dijo El Mecha sonriente—. Solucionado. Mañana el Óscar se queda solo. Le invitamos y así podemos ir todos a su casa.

—Perfecto.

Porque, además, esa es prácticamente *mi* casa, estoy más ahí que en el instituto.

—¿A qué hora quedamos? Vais a casa del Óscar, ¿no? —el tonto del Crispín ya se apuntaba.

Pero le dimos esquinazo, quedamos a las tres y media y lo dejamos tirado.

Abrí el mueble bar, saqué cuatro tubos, los junté con cuidado en la mesa y me fui a buscar unas Coca-Colas a la cocina como «Pedro por su casa». Dejé al Óscar despegando los cubitos del congelador y volví al comedor a preparar los cubatas, con un medio carajo que arrastraba desde casa. Llevaba tomados ya un poco de calimocho, una cerveza de lata, tres chupitos de manzana verde y dos de melocotón. Saqué una baraja del armario y empecé a llenar los vasos balbuceando, como si rezara:

—En partes iguales, como buenos hermanos. O sea, más para mí, menos para ti.

—Tú, desde luego, no vales para camarero de Nivell 2, te echarían de allá al primer día —dijo el Óscar.

Jugamos unas partidas a la brisca y cuando nos vaciamos los cubatas El Mecha los recargó con el doble de ginebra, la más mala que había probado en mi vida. Los más

rápidos se echaron la poca Coca-Cola que quedaba y el Óscar empezó a menear las latas:

—¡Qué perros! ¡Qué buitres! ¡Os la habéis echado toda!

Abrí una de Schweppes, mezclé un poco y él le añadió un último culo de Coca-Cola.

Íbamos ya ciegos, y saqué un libro de chistes que me había traído de casa:

—¿A que no sabéis por qué los buzones de Lepe están llenos de semen?

Se quedaron pensativos:

—Pues no.

—Por el letrerito de «correos».

—Ja, ja, ja.

—¿Os hace una de manga erótico? —preguntó el Mecha.

—Pregunta retórica —dije.

—¿Urotsukidoji II?

—¿No tienes revistas porno? —preguntó El Mecha a mitad de cinta.

Y el Óscar sacó una de yayos, de hará veinte o treinta años, que recogió su primo del container y tuvo el detalle de regalarle. Después, se fue a buscar una baraja de póquer y empezó a repartir. Pero el único que se las colocó fue él. Los otros protestamos:

—¡Va! Yo no juego.

—Yo, tampoco —dije.

Pero el Migue las miró:

—¡Hala! ¡Cómo chana!

—El qué, a ver... ¡Joder!

—¡Tengo dos penetraciones, dos corridas y una mamada! —grité.

Y empezamos la partida:

—Trío de penetraciones, pareja de mamadas y... ¡doble de lesbianas comiendo rabo! —nos partíamos el culo.

Me entró una sed repentina y me levanté corriendo:

—¡Óscar, Óscar! ¡Calimocho! —grité asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

—No, no, que me quedan pocas Coca-Colas y están calientes.

Y le puse cara de «¡No me jodas!».

—Vale, pero para el vino coge el de abajo.

—¡Joder, que no lo veo!

—¡El garrafón de quince litros!

—¡Ah! —lo pillé y empecé a beber «a cara de perro».

El Óscar vino corriendo y me pegó dos leñes:

—¡Tío, que luego tiene que beber mi viejo y eres un baboso!

—¿Y dónde lo mezclo?

—En su porrón. Toma.

Y volvió al comedor.

—¿Y el embudo?

—¡Mira bien! —gritó el Óscar.

—Pero ¿dónde está? —dije, dando vueltas por la cocina.

—¡Al lado del microondas! —lo tenía delante de las narices, pero seguía dando vueltas.

El Mecha cogió un par de cartas y se encerró en el lavabo, «A pelársela, seguro>>. Y abrí el ventanuco de la cocina, que daba justo al otro lado del patinejo, para saltar y chivárselo al Óscar. Pero como el hueco era muy hondo y no lo vi claro me limité a lanzar escupitajos y vino. Cuando acabó de cascársela, el Óscar se puso a fregar los platos, y el Migue y yo, malísimos los dos, nos tumbamos en la cama de su tía. Pero enseguida vino corriendo:

—¡Venga! ¡Vámonos que nos vamos! —y con el sobresalto me cargué el mechero de cerámica de la tía.

Teníamos que preparar la cena del viernes de todo el equipo y pasamos por un chino para dar un vistazo, pero estaba cerrado, y empezamos a retorcernos.

—¡Joder!, ¡mi barriga!

—¡Qué ganas de potar!

—¡Que llevo tres días sin comer! —por el régimen, porque el Migue está muy gordo.

El Óscar y el Mecha se fueron a comprar unas galletas y nos dejaron al Migue y a mí despatarrados en un banco. No nos poníamos de acuerdo. Uno decía que eran de café; otro, de coco; otro, de nata; y yo, de avellana. Y empezamos a bajar hacia el Paseo Alameda tajarinas perdidos, hombro contra hombro y en fila, riéndonos de lo mal que estábamos. Entonces, el Óscar chocó contra un menda. «Ya la hemos liado», pensé. Pero no, era el Orellana, que se acopló a nosotros.

Óscar

Estábamos a punto de sentarnos en unos bancos de cemento, pero dijo El Ore:

—No, que es zona antifacha y si vienen nos echan, y es peor.

Y nos apalancamos al lado con las galletas, que estaban buenísimas.

—No puedo más.

—Voy a potar. Vámonos al río —dije.

Aunque al final nos quedamos en el aparcamiento de La Grama. Primero vomitó el Migue, luego El Mandarino y después, yo. Los otros se habían quedado potando en el descampado. Me puse detrás de una furgoneta blanca y la dejé nueva, con el guardabarros negro estampado de tropezones. Estábamos mejor y El Mecha se tocó la nariz:

—Te sangra —me dijo.

—¡Joder, es verdad! —dije, pasándome un pañuelo por nariz y boca.

Y nos repartimos las asquerosas galletas reseca que quedaban.

—Joder, ¡qué ricas están!

—¡Buenísimas!

Porque teníamos el buche vacío, y todo nos hubiera sabido a gloria. Y volvimos a los bancos a descansar un rato, tirados por el suelo y sin que bajara el morado.

—Tengo más hambre.

—Y yo —dije.

—¿Vamos al rugby a tomar algo?

—Guay, estaremos tranquilos —dijo El Mandarino.

El Mecha caminaba solo; El Mandarino, agarrado al Ore; y yo, que era el que se había recuperado más e iba más recto, sujetando al Migue:

—¡Suelta! —le dije cerca del cuartelillo—, ¡que se van a dar cuenta de que vas borracho! Que luego te vuelvo a coger.

Y pasamos por delante como pudimos, dando tumbos de lado a lado. Pero después de cruzar por debajo del puente, en la explanada de Can Zam, paró un coche y se bajó una pareja. La tía sacó algo de la riñonera y nos lo enseñó. No le dimos importancia. Podría haber pensado que fuera un billete o un carné, pero jamás una placa de la Secreta. Dijo algo y El Mandarino chapurreó:

—No hemos hecho nada malo... Solo vamos un poco bebidos.

—Documentos de Identidad.

Solo los llevábamos dos, El Mandarino y yo.

Mandarino

La tía sacó la placa y dijo algo ininteligible, como si fuera una perra.

—¿Cómo? —dije, pensando que me pedía fuego o tabaco.

—Policía Secreta. ¡Documentación, por favor!

Se la di, pronunció mi nombre en alto y me la devolvió.

—Y vosotros, ¿no lleváis? —les dijo a los otros.

—No.

—¿De dónde sois?

—De allá atrás —dijo el Mecha señalando hacia la Pallaresa y dando su nombre y dirección correctos.

Los otros falsearon sus calles.

Óscar

Y empezó con preguntas de gente:

—¿Conocéis a Juanín, *El Pulga*?

—Pues sí, de oídas.

—¿Y al Romero?

—Pues no, a ese, no.

—¿Y a Salva, *El Gitano*?

Y siguió con los nombres. Y a unos, que sí. Y a otros, que no.

—Y sabéis, más o menos, dónde paran.

—No sé, por donde la Torre Balldovina.

Mandarino

—Sí —dije yo—, eso es al lado de mi casa.

Óscar

Y dijo la tía:

—Bueno, a ver si la próxima vez bebéis menos.

El tío nos devolvió los carnés y se metió en el coche. Y El Mandarino le dijo a la tía:

—Uy, eres muy guapa para ser policía.

—Y tú, tienes que beber menos.

—Eres muy guapa.

Se quedó callada, y le dijo:

—Quítate las gafas. Quiero ver tus ojos.

Y se puso colorada. Eran unas gafas de sol redonditas.

—Si mis ojos son normales, los tengo marrones.

—Va, sácate las gafas... que seguro que son muy guapos.

La tía se sonrió, se dio la vuelta para meterse en el coche.

Aunque no muy convencidos, porque querían un chivatazo.

Mandarino

Dijo la tía:

—Bueno, a ver si la próxima vez tomáis una copa menos.

—Oye, oye, un momento. ¿Te puedes quitar las gafas?

Eran de espejo, redondas y de montura metálica negra.

—¿Por qué quieres que me quite las gafas?

—Nada, es que siempre que hablo con una chica me gusta verle los ojos.

Se puso colorada.

—¡No, no!, ¡que los tengo muy feos!

—Pues, por lo menos, dime de qué color los tienes.

—Negros.

—¡Hala, negros! ¡Cómo mola!, ¿no? Como las brujas, ¿verdad?

Se soltó una carcajada y me di la vuelta. Y ya desde un poco lejos me giré y grité tan alto como pude:

—¡Hasta luego!

Se estaba montando en el coche. Y arrancaron.

Óscar

Seguimos caminando, comentando y petándonos el culo. De pronto, dijo El Mandarino:

—Yo, por esa, ¡sí me dejaba cachear!

—¡Y yo!

Y empezó a repetirse:

—Es muy guapa. ¡Sí, sí, es muy guapa!

Hasta que llegamos al campo. Y entonces dije:

—¿Sabéis qué?... la policía solo se mete con los que ve que no son chungos. Porque a los que tienen cara de monstruo... ni se acercan.

Mandarino

Me puse a regar el campo. Abrí más la llave y le di caña a la manguera. Me pasé media hora mojando la hierba, mientras los demás arreglaban al Migue, que estaba muy chungo. Eran las siete y media, corté el agua y me fui a las gradas.

—Qué, Mandarino, y tú, ¿qué? ¿Vas bien? —me preguntó El Mecha.

—Yo ya estoy bien. Con el aire que soltaba la agüita en la cara me he despejado. ¿Quieres que me haga unos largos?

Se encogió de hombros, y me senté. Al cuarto de hora, el Migue estaba mejor y se fue a regar. Iba a bajar con él al campo, pero me dio un retortijón y un tremendo dolor de barriga y me puse a hacer unas carreras de punta a punta de las gradas para ver si se me pasaba. A las ocho y media había entreno, empezaba a llegar la gente y tocaba irse.

Óscar

Cuando el Migue bajó a regar, le dije que se mojara la cabeza.

—¡Mecha! ¡Agárramelo!

—Pero si voy bien —dijo el Migue con voz de ultratumba.

—O lo haces tú, o lo hago yo.

Le quité las gafas y le di suave, doblando el caño. Pero al ver que no se despejaba lo solté de golpe y el agua salió con toda la presión. Un montonazo y directo a la cabeza. Empezó a gritar desesperado.

—¡Ah!, ¡mi cabeza! ¡Me vas a matar!

—¡Calla! ¡Que te calles!

Y seguí mojándole.

Migue

Subí solo y abrí a duras penas agarrándome al marco de la puerta para meter la llave. Pensé: «Quédate agarrado hasta que te tranquilices un poco>>». Pero tuve un fallo técnico y me caí de bruces al suelo.

—¿Qué te pasa, Migue? —dijo mi vieja, saliendo de la cocina.

—Nada. Que me encuentro mal.

—¡A ver, échame el aliento!

—¡Fufff!

—¡Más!

Y exhalé más fuerte, pero por la nariz para que no se notara.

—¡Por la boca y fuerte!

«¡Wuaaa!»

Se quedó blanca del pestazo y me soltó un revés del quince que me tumbó.

Me hice un bocata y me acosté.